

Editorial

La oración por la paz¹ de Jorge Eliécer Gaitán: ¿un llamado a la resistencia civil noviolenta?

FREDDY CANTE

Son dos los objetivos contemplados en este breve editorial: el primero consiste en exponer algún referente directo sobre un caso de resistencia civil noviolenta en Colombia (dado que en los artículos contenidos en este número de la revista se contemplan predominantemente experiencias de Argentina, Francia e Italia, o enfoques muy teóricos o generales); y el segundo es el de ofrecer una reflexión académica a propósito del proceso de paz que recientemente ha comenzado en Colombia entre el gobierno del presidente Santos y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia-FARC (una de las guerrillas más viejas del mundo).

Hace casi setenta años, un 7 de febrero de 1948, ante una multitud de cincuenta mil personas reunidas en la Plaza de Bolívar de Bogotá, el líder liberal Jorge Eliécer Gaitán pronunció un discurso que sigue siendo válido y al que se conoce como: “oración por la paz”.

¹ Ver www.banrepcultural.org/blaavirtual/historia/gorador/gaitan.doc

Me limito a comentar citas extensas del mencionado discurso, para mirar cómo es que las palabras del líder y las acciones de la multitud que le seguía apuntaron hacia un proceso de resistencia civil no violenta.

Más que una pasiva plegaria, pronunciada en tono de sumisión e impotencia, la “oración por la paz” fue un manifiesto en el cual se puso el acento en la advertencia: el pueblo, liderado por el caudillo liberal, no se quedaría pasivo ante la prolongación inaudita de los agravios y la indiferencia de gobernantes y sectores sociales privilegiados. El pueblo, con seguridad, superior a sus dirigentes de ayer y de hoy, sabe que tiene el poder para actuar. Esto se puede constatar en la apertura del discurso:

Excelentísimo señor Presidente de la República, doctor Mariano Ospina Pérez:

Bajo el peso de una honda emoción, me dirijo a vuestra excelencia sabiendo que interpreto el querer y la voluntad de esta inmensa multitud, que cobija su ardiente corazón, lacerado por tanta injusticia, bajo este silencio clamoroso, para pedir que haya piedad y tranquilidad para la patria.

En todo el día de hoy, excelentísimo señor, la capital de Colombia ha presenciado un espectáculo que no tiene precedentes en su historia. Gentes que llegaron de todo el país, de todas las latitudes —los llanos ardientes y las frías altiplanicies, como las de esta capital— han venido a congregarse en esta plaza, cuna de nuestra libertad y de nuestra historia, para expresar su irrevocable decisión de defender sus derechos. Dos horas hace que ellos desembocan en esta plaza y no hay sin embargo un solo grito, porque en el fondo de sus corazones se agolpa la emoción; pero como en las tempestades violentas la fuerza subterránea es mucho más poderosa y ésta sabe que tiene el poder de imponer la paz cuando los obligados a imponerla no la imponen.

No sólo hay un discurso de un líder carismático ante una multitud pasiva. Más allá de eso existe una acción colectiva disciplinada (que marchó en silencio, permaneció en un lugar público y estratégico de manera ordenada y sin caer en tentaciones violentas) y, además, eran portadores de un símbolo (banderas negras, para mostrar inconformidad con la violencia reinante en el país). Esto se constata en el siguiente fragmento:

Señor Presidente: Aquí no hay aplausos sino millares de banderas negras que se agitan. Excelentísimo señor: Sois un hombre de universidad y por lo tanto os debe llamar la atención este hecho sin precedentes en la historia de Colombia.

Señor Presidente: Aquí están presentes todos los hombres que han desfilado y demuestran una fuerza y un poderío no igualados y sin embargo, no hay un solo grito. Aquí hay una contradicción a las leyes de la psicología popular. Un pueblo que es capaz de contrariar las leyes de la psicología colectiva es un pueblo que os demuestra que tiene un espíritu de disciplina capaz de superar todos los obstáculos. Ningún partido en el mundo ha dado una demostración como ésta. Pero si esta manifestación sucede es porque hay algo grave y no por triviales razones. Y esto obliga a los hombres universitarios a escucharla y oírla. Somos la mejor fuerza de paz en Colombia. Somos los sustentáculos de la paz en Colombia, y mientras en las veredas y en los municipios fuerzas minoritarias se lanzan al ataque, aquí están las grandes mayorías obedeciendo una consigna. Pero estas masas que así se reprimen también obedecerían la voz de mando que les dijera: Ejerced la legítima defensa.

Esta como otras manifestaciones de la acción política no violenta son un acto de resistencia y, por lo mismo, no siempre se dan mediante los conductos regulares y “normales” del Derecho, sino, más bien por medio de acciones de hecho con un alto valor de disrupción y desorden, mas no de destrucción o violencia. Se hace énfasis en que la acción política no violenta es una fuerza social. Esto se confirma en las siguientes líneas:

Dos horas ha gastado esta gente entrando a esta plaza para colmarla. El comercio ha cerrado sus puertas y le debemos gratitud por este noble gesto.

Porque somos fuertes somos serenos. Esta es la significación más exacta de que con nosotros no puede abusarse. Hay un partido de orden capaz de realizar estas manifestaciones para evitar que la sangre se derrame y para que las leyes se cumplan, porque son la expresión de la conciencia colectiva. Yo quisiera que todo el país contemplara este espectáculo. No me he engañado cuando he dicho mi concepto sobre la conciencia popular, ampliamente ratificada en esta manifestación, donde los aplausos desaparecen y sólo se oye el rumor emocionado de los millares de banderas negras que aquí se han traído para recordar a nuestros hombres tan villanamente asesinados.

La resistencia no violenta, como otras modalidades similares de insubmisión y de oposición (objeción de conciencia y desobediencia civil), es fundamental para la generación y consolidación de la democracia. Gracias al control ciudadano y a las acciones colectivas no violentas que expresan simples quejas y reclamos, hasta expresiones más radicales que son expresión de profundos disensos y diferendos (como la resistencia civil), es posible poner freno a los abusos de poder o a la simple ineptitud de los gobernantes. La marcha del silencio y el discurso del líder liberal Gaitán encajan bien en la mencionada lógica, así:

Señor Presidente: serenamente, tranquilamente, con la emoción que atraviesa el espíritu de los hombres que llenan esta plaza, con esa emoción profunda os pedimos que ejerzáis vuestro mandato, el mismo que os ha dado el pueblo, en favor de la tranquilidad pública. Todo depende de vos; sabemos que quienes anegan en sangre este país cesarían en su pérfida *siega*. Esos espíritus de mal corazón cesarían al simple imperio de vuestra voluntad.

Amamos hondamente a esta patria nuestra y no queremos que nuestra nave victoriosa navegue sobre ríos de sangre.

Señor Presidente: No os reclamamos tesis económicas o políticas. Apenas os pedimos que nuestra patria no siga por caminos que nos avergüenzan ante propios y extraños. ¡Os pedimos tesis de piedad y de civilización!

Señor Presidente: Os pedimos cosa sencilla para la cual están de más los discursos. Os pedimos que cese la persecución de las autoridades y así os lo pide esta inmensa muchedumbre. Pedimos pequeña cosa y gran cosa: que las luchas políticas se desarrollen por cauces de constitucionalidad. Os pedimos que no creáis que nuestra tranquilidad, esta impresionante tranquilidad, es cobardía. Nosotros, señor Presidente, no somos cobardes: somos descendientes de los bravos que aniquilaron las tiranías en este suelo sagrado. Pero somos capaces, señor Presidente, de sacrificar nuestras vidas para salvar la tranquilidad y la paz y la libertad de Colombia.

Las acciones no violentas están orientadas hacia la paz: no solamente una paz negativa, un cese a distintos fuegos y agresiones y una garantía para el mínimo respeto a la vida; también una paz positiva, la cual equivale a un avance hacia la justicia social, hacia la equidad y la fraternidad. Y los manifestantes de aquellos días son un ejemplo para nosotros, a juzgar por las palabras finales de quien lideró aquella multitud:

Impedid, señor Presidente, la violencia. Sólo os pedimos la defensa de la vida humana, que es lo menos que puede pedir un pueblo. En vez de esta ola de barbarie, podéis aprovechar nuestra capacidad laborante para beneficio del progreso de Colombia.

Señor Presidente: Esta enlutada muchedumbre, estas banderas negras, este silencio de masas, este grito mudo de corazones, os pide una cosa muy sencilla: que nos tratéis a nosotros, a nuestras madres, a nuestras esposas, a nuestros hijos y a nuestros bienes, como querriais que os tratarasen a vos, a vuestra madre, a vuestra esposa, a vuestros hijos, a vuestros bienes.

Os decimos, excelentísimo señor Presidente:

Bienaventurados los que no ocultan la crueldad de su corazón, los que entienden que las palabras de concordia y de paz no deben servir para ocultar los sentimientos de rencor y exterminio. Malaventurados los que en el gobierno ocultan tras la bondad de las palabras la impiedad contra los hombres de su pueblo, porque ellos serán señalados con el dedo de la ignominia en las páginas de la historia.

Hoy continúan vigentes las palabras y acciones de la llamada oración por la paz. Quienes gobiernan y toman decisiones cruciales, deberían recordar que la aquiescencia y la pasividad tienen un límite. Si existen nuevas equivocaciones y abusos de lado y lado (por parte de gobernantes, de insurgentes y de otras fuerzas), nos precipitaremos a un nuevo abismo de violencia. Quienes estamos del lado de la paz deberíamos hacer todo lo posible para avanzar por las sendas de la no violencia, y con nuestra imaginación y perseverancia, asimilar las enseñanzas y experiencias que se han compilado en esta versión de la revista *Desafíos*.

